



Los lagartijas de Jaffa

Israel Shamir, 18 de junio de 2005

Traducido para Rebelión por Germán Leyens

Este mayo fue un mes de gran desilusión para los rusos. Han pasado años desde que se separaron del comunismo, destrozaron la Unión Soviética, otorgaron la independencia (o entregaron a EE.UU.) a todos los países que llegaron a controlar, permitieron a las compañías occidentales que compraran y vendieran su patrimonio y su sustento, cerraron sus bases militares, dejaron que sus misiles y submarinos se corroyeran en paz, cumplieron con cada exigencia y deseo de EE.UU. Luego prepararon una gran celebración del Día de la Victoria, invitaron a personalidades, pulieron sus medallas, recontaron las historias de supremo heroísmo – y EE.UU. y Gran Bretaña, sus aliados de otrora en la II Guerra Mundial, les hicieron el vacío. El presidente Bush, con su tacto de costumbre, fue a Tbilisi y declaró que no había mucha diferencia entre Alemania nazi y Rusia Soviética.

– Oh Dios, ¿por qué combatimos por ellos? –pensaron muchos rusos.

–¿Por qué apoyamos el desembarco anglo-estadounidense en Normandía en lugar de firmar un tratado de paz separado con Alemania prácticamente derrotada en la primavera de 1944, después de liberar nuestro territorio?

–¿Por qué tantos soldados rusos tuvieron que combatir y morir liberando a Polonia o a Checoslovaquia o a la Ucrania Occidental? Ahora vemos que los checos y los polacos prefieren la hegemonía alemana; los dejan entrar a través del tratado de la UE. Ucrania Occidental, celebra sus voluntarios en la división SS y presiona para obtener la participación en la OTAN. Podríamos haber dejado que se salieran con la suya; habernos quedado detrás de nuestras antiguas fronteras y haber dejado que la Wehrmacht se

ocupara del Soldado Ryan.

Si fuera posible comunicarse a través del tiempo – no cabe duda – es lo que ocurriría en 1944; y hoy viviríamos en un mundo diferente. En ese mundo alternativo, los rusos no tendrían que escuchar las quejas de un presidente estadounidense sobre por qué fueron tan duros con su enemigo.

Filípicas tan burdamente injustas aparecen en los medios occidentales porque las visiones occidental y oriental de la Guerra difieren enormemente. Para los rusos y sus vecinos, lo importante fue su gran victoria sobre el enemigo alemán; pero en Occidente, el holocausto judío borró las victorias de Stalingrado y Berlín. Occidente adoptó una extraña narrativa centrada en el destino judío. Según esa narrativa, los alemanes decidieron exterminar a todos los judíos, desde los bebés a los ancianos, y por eso desataron la guerra. El mundo ignoró cruelmente la tragedia judía, pero ocurrió un milagro: los judíos fueron salvados y crearon su Estado de Israel de las cenizas del Holocausto.

Desde el punto de vista ruso, la URSS no “ignoró cruelmente”, sino que derramó la sangre de sus mejores hijos e hijas. La guerra no fue librada por los judíos o a causa de los judíos; pero en todo caso Rusia merece su eterna gratitud por haberlos salvado del peligro. Por esta afirmación sobre la gratitud judía, los rusos llegaron lejos con los creadores de la narrativa del holocausto; pero la gratitud judía fue muy breve.

En la actual narrativa judía que se convirtió en la versión oficial de la historia moderna en

Occidente gracias a los esfuerzos de los lores judíos de la prensa, la URSS/Rusia es conspicua por su ausencia. Incluso los estadounidenses aparecen en esta historia como gente que no bombardeó Auschwitz y que suministró su know-how a los alemanes. En los interminables corredores del Monumento Yad va-Shem del Holocausto en Jerusalén, ni siquiera se menciona al Ejército Rojo. Millones de soldados rusos muertos no caben en la narrativa sionista de la tragedia judía, la heroica lucha judía y un mundo gentil indiferente.

Los dirigentes estadounidenses y europeos aceptaron a parte entera la narrativa judía, en gran parte porque los liberaba de sus obligaciones hacia el aliado que soportó el inmenso peso de la guerra. Contemplaron con incompreensión e irritación las celebraciones del Día de la Victoria en Moscú. Para ellos, el evento clave tuvo lugar unos meses antes en Auschwitz: a diferencia de Moscú, nadie dejó de presentarse y pedir el perdón judío. Para ellos, la tragedia judía fue el único evento importante de 1945; en cuanto a la victoria – ¿qué victoria?

Se robaron esa Victoria. En Israel, este 9 de mayo hablaron del heroísmo de los soldados y guerrilleros judíos, como si hubieran ganado solos la guerra. El plan de estudios de las escuelas israelíes no menciona la Guerra excepto en el contexto del holocausto. La bien alimentada ignorancia israelí es total: Un estudiante ruso escribió una tesis sobre la Batalla de Moscú, del invierno de 1941, y la mencionó durante una reunión con estudiantes israelíes en Tel Aviv.

–¿Quién combatió realmente en Moscú en 1941? –preguntó un joven israelí. ¡Después de un breve silencio, un maestro israelí explicó que los alemanes combatieron contra los japoneses!

Por lo tanto la historia del holocausto judío impidió ver la guerra y la victoria soviética. Los anticomunistas occidentales quisieron robar la victoria; los sionistas les ayudaron protegiendo sus propios intereses. Ahora cobran miles de millones en reparaciones, mientras se olvidan los hechos heroicos de nuestros padres. Para mí, habitante de Jaffa, este desarrollo de los acontecimientos recuerda el mito de Perseo y su victoria sobre el Monstruo Marino. Probablemente recordaréis cómo el Monstruo Marino amenazó con destruir Jaffa a menos que la princesa Andrómeda fuera entregada a sus garras; cómo Perseo decapitó a la Medusa Gorgona, se puso las sandalias aladas de Hermes, voló a Jaffa y convirtió al Monstruo Marino en roca, salvando así a la princesa.

Imagina ahora que unos pocos años antes de esta hazaña, un joven llamado Jason trató de comprobar la historia y echarle una mirada a la Princesa. Reunió a sus amigos, jóvenes caballeros atenienses con mucho tiempo libre, y navegaron hacia Oriente en su barco negro. Si les quedaba alguna duda a los atenienses sobre la veracidad de Perseo, fueron eliminadas convincentemente: la inmensa masa del monstruo marino estaba encallada sobre las rocas a unos cientos de metros de la playa, creando así un acogedor rincón para un puerto. (Todavía está allí, y lo muestran a los turistas).

En un café que sirve arak local, una bebida fuerte, lechosa, que no es muy diferente del ouzo griego, los atenienses preguntaron por el Monstruo Marino.

–Sí, este esqueleto es un recuerdo eterno de la gran tragedia de la lagartija, –dijo el cantinero.

–¿Qué tragedia de la lagartija? –preguntó un marinero.

–El Monstruo estaba devorando a las lagartijas, –dijo el cantinero–. Las lagartijas, esas criaturas inofensivas, exquisitas y graciosas, eran su alimento preferido. Cada día las tragaba de por miles. Las lagartijas habrían sido eliminadas si no se hubiera eliminado al Monstruo. Seguimos teniendo un día de recuerdo de la tragedia de la Lagartija, y hay un monumento a la Lagartija Devorada. Por cierto, nuestros marineros no habían visto hasta entonces una modesta escultura que adorna la plaza de la ciudad. Muestra a una lagartija en una pose torturada, sin cola y con las pequeñas patitas alzadas hacia el cielo azul de Jaffa.

–¡Qué raro!” exclamó el cantinero—. Nunca le gustaron las lagartijas. Existen horribles historias de que él mismo mató muchas lagartijas. Cuando sacó a relucir su arma, la cabeza de Medusa y miles de lagartijas fueron convertidas en roca. Alguna gente dice que Perseo no era mejor que el dragón.

El hijo del cantinero se entrometió en su conversación: –Aprendimos en la escuela que este Perseo era también muy débil desde el punto de vista moral. Tuvo muchas aventuras sórdidas, se aprovechó de las ancianas Grayas, asesinó a la pobre Gorgona dormida; y ¡peor todavía – asesinó a su propio padre!”

–Fue un asesino masivo, –intervino otro habitante de Jaffa, ocupado con su arak y sus aceitunas–, asesinó al pretendiente de su madre, Polidectos, y a muchos otros utilizando la misma cabeza de la Gorgona. Perseo no es nuestro héroe, ¡recuérdelo!

–Cada vez que miramos hacia nuestro puerto y vemos el Monstruo, bendecimos a Dios Todopoderoso por salvar a las lagartijas, –entonó piadosamente un sacerdote.

–¡Pero venció al dragón! –gritó Jason.

–El dragón fue derrotado por los esfuerzos conjuntos de lagartijas valerosas y sus amigos humanos. Perseo no tuvo más que un papel menor en este drama. Cualquiera podría hacer lo que hizo: sólo enseñó la cabeza de Medusa al dragón y lo convirtió en roca. Pero antes de eso, nuestras fuerzas aliadas llevaron a cabo una guerra peligrosa y brutal; miles de lagartijas atacaron al monstruo, y todos rezamos por el fin del Monstruo. ¿No piensan que nuestras plegarias deberían ser mencionadas en primer lugar como la mayor razón de la victoria?

–¿Pero porqué estamos hablando de la derrota del dragón? –preguntó el hijo del cantinero—. El dragón fue derrotado por todos y en todo caso, la historia importante es la de la Tragedia de las Lagartijas. Y Perseo no es nuestro héroe.

–¿Ustedes son lagartijas? –preguntó el atrevido Jason.

–Oh no, somos humanos. Pero las lagartijas son lo mejor que nos ha sucedido. Siempre seguimos su consejo.

–¿Y qué pasó con Andrómeda? –preguntó Jason.

–Nada especial. Su casa está allá, en la Calle de las Lagartijas

Los marineros pagaron sus tragos y procedieron a la casa que les señaló el cantinero. Allí estaba Andrómeda la Bella. Se sorprendió evidentemente cuando los marineros le llevaron los saludos de Perseo.

–Parece que la gente de Jaffa se olvidó de quién los salvó del Dragón. Pero tú, Andrómeda, seguramente te recuerdas de Perseo, que te salvó? –preguntó Jason.

–¿Perseo? –preguntó la princesa, mirando por la ventana hacia el monumento de la Lagartija Devorada. –¿Perseo? Nunca se preocupó por las lagartijas.

El equipo griego se levantó y partió a casa, visiblemente molesto. Desde entonces, la humanidad ha estado dividida entre los que leyeron la historia de Perseo el Victorioso, y los que veneran a la Lagartija Devorada.

El antiguo rumor falso

Un semejante cambio paradigmático ocurrió en Occidente. Oriente celebra la victoria sobre el Dragón, mientras que Occidente llora a las Lagartijas Devoradas. La gente ingenua cree que los que rinden culto a las lagartijas son impulsados por la compasión y tratan de imitar esta narrativa con historias sobre sus propios sufrimientos: los ucranianos sufrieron la hambruna de los años treinta, los africanos sufrieron bajo la esclavitud. Entonces se sorprenden de que no produzca una ola de reparaciones.

Olvidan que cada narrativa tiene su interés propio. Los anticomunistas occidentales y los amos

del discurso sionista no son motivados por la compasión; promueven una historia de sufrimiento que les es conveniente. Promovieron la historia de la hambruna ucraniana para enfrentar a los ucranianos a los rusos y desmembrar la Unión Soviética. Promovieron la historia del Holocausto para oscurecer nuestra victoria. Inventaron las historias de atrocidades comunistas para erradicar el comunismo y privatizar los bienes públicos de California a Siberia.

Por un tiempo olvidaron las historias de las “atrocidades rojas”, pero las resucitaron con más fuerza cuando los rusos presionaron a los oligarcas y desaceleraron la adquisición hostil de la economía rusa por las compañías occidentales. Las demenciales exageraciones de Conquest* fueron resucitadas y, según ellas, los rojos mataron a más gente que la que jamás nació en Rusia.

Si me permiten utilizaré un cliché judío adorado por Abe Foxman y su especie de la ADL**, es hora de dejar de lado el antiguo rumor falso de que “los comunistas mataron a millones”. No sólo es utilizado para promover el modo-de-vida-y-de-muerte estadounidense, simplemente no es verdad. Esas historias de imitación del holocausto fueron desacreditadas no sólo por historiadores rusos de izquierda como Sergey Kara-Murza, sino también por historiadores rusos nacionalistas que no pueden ser sospechados de simpatías pro-comunistas: Vadim Kozhinov y Stanislav Kunyaev.

Ahora, nuestro otrora amigo Patrick Buchanan, al que admiré mucho por su posición contra la guerra de Irak y contra el sionismo, volvió a sus locuras del tiempo de la Guerra Fría. Escribió uno más de sus ataques contra los “comunistas rusos”:

“Bush dijo la terrible verdad sobre lo que verdaderamente triunfó en la II Guerra Mundial al este del Elba. Y no fue la libertad. Fue Stalin, el más odioso tirano del siglo. Si Hitler mató a millones, Stalin, Mao, Ho Chi Minh, Pol Pot, Castro asesinaron a decenas de millones. El leninismo fue la Peste Negra del Siglo XX.”

Ni más ni menos - ¡la Peste Negra! Por cierto, las historias del holocausto de Eli Wiesel suenan como una lectura dominical de los Evangelios en comparación con este desvarío. Los comunistas – Stalin y Mao y Castro – son siempre culpables ante los ojos de los compatriotas de Buchanan y otros adoradores de Mamón; pero no por sus supuestas atrocidades: su verdadero crimen fue que no permitieron que EE.UU. saqueara sus países. Los ‘comunistas’ no vendieron las riquezas, los activos tangibles, el petróleo, el gas, la tierra al Moloch estadounidense.

Comencé a dudar de la cordura y de la sinceridad de Buchanan. Su cordura, porque afirma que “Castro asesinó a decenas de millones” en una isla con una población total de nueve millones. Su sinceridad, porque ¿de qué sirven sus diatribas antisionistas si quiere devolver Cuba a Meyer Lansky y a su mafia?

Buchanan no está solo, claro que no. El 7 de mayo de 2005, *The Economist* de Londres condenó “la renuencia rusa a reconocer los pecados de la Unión Soviética, antes, durante y después de la guerra, como la masacre de Katyn de oficiales polacos en 1940, las atrocidades cometidas cuando el Ejército Rojo marchó sobre Berlín o el pacto Molotov-Ribbentrop de 1939 que repartió Europa.”. Rusia fue desfavorablemente comparada con “Alemania, que ha admitido plenamente los pecados de su pasado: la próxima semana, por ejemplo, abrirá un nuevo monumento del Holocausto en Berlín”.

¿Debieran arrepentirse los rusos por el acuerdo Molotov-Ribbentrop entre la URSS y Alemania? Difícilmente. Sólo es una lástima que no haya durado más. El brutal Hitler y el astuto Churchill eran por igual hostiles hacia Rusia. El discurso de Fulton de Churchill declarando la Guerra Fría a Rusia soviética, vino antes de que sepultaran a la última víctima rusa de la guerra. Y esta hostilidad sigue siendo fuerte: El discurso de Tbilisi de Bush no es más que una puesta al día del de Fulton. (Tengo un motivo personal para ser un ardiente partidario de Molotov-Ribbentrop

- ese tratado envió al Ejército Rojo a Galicia y salvó a mi futuro padre de las Einsatzgruppen***)

¿Deberían arrepentirse por Katyn los rusos? La historia de Katyn es promovida para enfrentar a los polacos contra los rusos y restaurar el cordón sanitario alrededor de Rusia. A nuestros enemigos les importan un pepino los polacos asesinados. Si no fuera así, hablarían de las decenas de miles de polacos masacrados por las bandas de Bandera, los ucranianos occidentales ultranacionalistas. Pero guardaron silencio, porque los seguidores de Bandera fueron sus aliados en la lucha contra los rusos. Por cierto, después de 1945, esos aliados de Hitler fueron apoyados, armados y entrenados por la CIA, y sobrevivieron hasta nuestros días cuando formaron la fuerza principal del Putsch Naranja en diciembre de 2004. (La ciudad de Lvov bautizó la calle principal con el nombre de ese asesino en masa de polacos, rusos y judíos.)

¿Deberían arrepentirse los rusos por “las atrocidades cometidas cuando el Ejército Rojo marchó sobre Berlín”? La suerte de civiles alemanes no preocupa a los hipócritas británicos. Londres venera la memoria del Mariscal del Aire “bombardero” Harris, e incluso colocó hace diez años una estatua de bronce en honor a su memoria, aunque este criminal de guerra mató a más gente que Gengis Khan. En los años veinte, Harris bombardeó y ametralló a iraquíes, y después planificó y ejecutó los bombardeos aliados de ciudades alemanas, incluyendo la hecatombe ardiente de Dresden, que convirtió en cenizas a cien mil refugiados alemanes. Si ese asesino masivo es honrado en Inglaterra, los rusos no tienen motivos para perder un latido del corazón por su costoso combate en camino a Berlín. Tampoco son ellos los culpables por Dresden, Hiroshima o Auschwitz, ni lanzaron Agente Naranja sobre civiles inocentes.

Olvídense de las disculpas.

Los rusos no necesitan sus disculpas. Les digo, señores conservadores de museos del holocausto y editores del *Economist*, Mr. Conquest y Mr. Buchanan: métanse ya saben dónde sus catálogos de sufrimientos y llamados a la compasión y al arrepentimiento. Está bien que los mendigos alardeen de sus llagas y muestren sus deformidades, no a los guerreros y filósofos. Basta con el flirteo con la muerte y el sufrimiento. Que los muertos entierren a los suyos. El peor legado de los judíos en este siglo judío es su obsesión con la muerte, el pesar, el duelo y el sufrimiento: sus dos sitios más sagrados en Israel son el Muro de las Lamentaciones y el Museo del Holocausto, el día más importante del año es el del arrepentimiento; está reforzado por el día del recuerdo a los soldados caídos, el día del holocausto, el día de la destrucción del templo, etc. El género judío favorito es kina, lamentación. Esta enfermedad mental se extiende por el mundo en un paroxismo de autocompasión, culpa y angustia.

Si se quiere seguir el discurso judío de profunda pena, hay que seguirlo consecuentemente. Los judíos no son tan estúpidos como para reconocer su culpa y pedir disculpas. Nadie ha recibido hasta ahora una disculpa de un judío. Un judío respondería: “Los hicieron TODOS los judíos?” Esta maravillosa respuesta podría igualmente ser utilizada por todos nosotros, los rusos sobre Katyn, los alemanes sobre Auschwitz, los ingleses sobre Dresden, los yanquis sobre Mai Lai y Abu Ghraib.

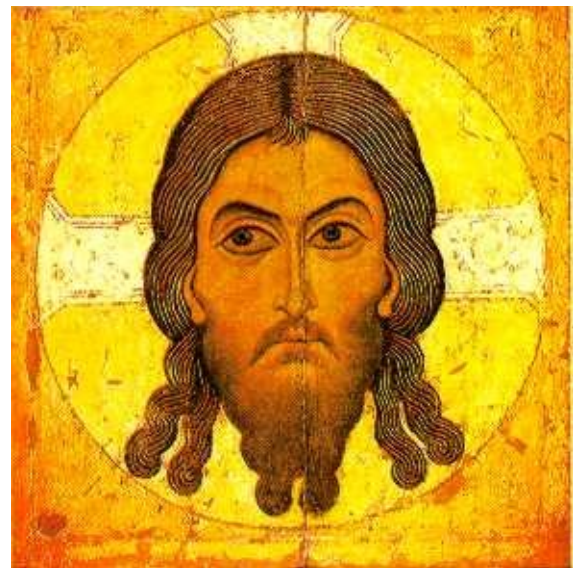
Y no andemos pidiendo disculpas o rogando que se nos perdone. Es enfermizo. El difunto Papa abrió las puertas del Infierno cuando viajó por el mundo y pidió perdón por hechos que no cometió, desde el saqueo de Constantinopla a la hambruna en Dachau. Ahora se nos pide a diario que pidamos disculpa por algo que no hicimos. Deberíamos dejarlo para el domingo de la Gran Cuaresma como todos los buenos cristianos.

Nuestro amigo filósofo polaco Marek G. tenía razón: “Si se quiere tener una sociedad saludable, hay que extinguir, no inflamar, antiguas llagas étnicas y de otro tipo en su interior. A fin de mantener unido al pueblo de Atenas, el gobierno democrático de esa polis, después de una sangrienta guerra civil, declaró “amnesia”: se prohibió, bajo pena de muerte, que se recordara

públicamente quién había matado a quién en los decenios precedentes. El actual paradigma judeo-estadounidense ha decidido otra cosa: todas las heridas deben ser mantenidas sangrando constantemente”.

¡Basta de gemidos! Ya casi no se pueden leer informes de Palestina escritos por un buen hombre (y un buen periodista) Gideon Levy, porque su historia es sólo una historia de sufrimiento. Sí, hay sufrimiento, pero también hay valor, coraje, hechos extraordinariamente heroicos y la victoria al fin, como traté de describir en la historia de Farros Ode. Viejas crónicas rusas nos cuentan que los conquistadores mongoles gustaban de escuchar las tristes canciones de los vencidos. Cantemos las canciones que serán odiadas por nuestros conquistadores.

Esta visión discrepante de la victoria no es una recaída en alguna creencia pagana, como pensaba Nietzsche. Es un precioso obsequio del cristianismo ortodoxo oriental cuya principal imagen es la de Cristo Victorioso. No se encontrará un Cristo sufriente en un icono oriental. Recordamos Su sufrimiento el Viernes Santo, pero en general vivimos bajo el sol reluciente de Su Resurrección. Sólo después de su fatídico cisma de Oriente, con Prima Lumi, comenzó el arte occidental a presentar a Cristo atormentado. Incluso nuestras Verdaderas Imágenes discrepan:



La Verdadera Imagen Occidental (de Verónica, a la izquierda) muestra a Cristo con una corona de espinas en la Vía Dolorosa, la Verdadera Imagen Oriental (del Rey Abgar de Edessa, a la derecha) le muestra como el rey del mundo. Este cristianismo masculino victorioso de Oriente encontró su expresión en la visión oriental de la gran victoria.

Estos dos paradigmas – del victorioso Perseo y de la Lagartija Devorada – se encuentran en Berlín, representados por dos monumentos. Uno es la estatua rusa soviética en el Parque Treptow, de un soldado poderoso, algo nórdico; sus orgullosos hombros proclaman su victoria, su formidable pie pisotea la svástica quebrada, una imponente espada en una mano está abajo, una pequeña niña alemana sobre su otro brazo, sujeta a su cuello. Podrían ser tomados por padre e hija, una imagen invertida de una madona con su hijo. Es un símbolo cristiano ortodoxo familiarizado por el icono de Cristo sosteniendo a su pequeña Madre. El soldado aparentemente salvó a la niña en la batalla – como Cristo salva a su Madre y como Perseo salvó a Andrómeda.



Los rusos soviéticos ciertamente sentían que habían salvado a Alemania y a Europa de un espíritu maligno y nunca indujeron sentimientos de culpabilidad en los alemanes orientales. Por eso los alemanes orientales son más masculinos y menos quebrantados que sus hermanos occidentales. La estatua fue hecha por Eugene Vutechich, un gran homólogo ruso soviético del mejor escultor alemán contemporáneo, Arno Breker. Ante los ojos alemanes, el soldado no parece étnica o estéticamente extranjero. Podría haber sido hecho por Breker, que creó muchos guerreros magníficos y nobles, con un toque de homoeroticismo helénico.. Vuchetich y Breker encarnaron los ideales estéticos y morales, incluso el espíritu de las sociedades soviética y nacional-socialista. A pesar de tantas diferencias estuvieron unidos en su masculinidad nórdica y helénica, la fuerza de los héroes de la Iliada tan admirados por Simone Weil.



Un historiador de arte ruso señaló que “la energía brutal y heroica de las estatuas de Vuchetich se encuentran cerca en el espíritu de la plástica alemana del Tercer Reich”. Una estatua semejante no ofende a los alemanes – no es una vergüenza ser derrotado por un guerrero mejor. Los rusos y los alemanes se batieron valerosamente en una dura guerra que costó las vidas de millones de civiles y soldados. Sus esfuerzos y sus pérdidas hacen parecer pequeñas las de otros participantes en la guerra europea. Su batalla fue una batalla de Titanes, de ases nórdicos, y el mejor ganó, honor al héroe. (Desprecio a los que describen su masculinidad común como “totalitarismo”)



(A la derecha – El soldado con una niña, Vuchetich; Izquierda – Preparación, Breker)

Pero el mejor no gana a la larga, dijo Ecclesiastés. Las ideologías heroicas masculinas se disiparon, mientras que ahora vivimos bajo una ideología que ha encontrado su expresión estética y moral en otra pieza de arte monumental en Berlín, al crear un campo desparrado de bloques de roca parecido a un cementerio cerca de la Puerta de Brandenburgo, es decir, el Monumento del Holocausto. Esta instalación estéticamente fea, minimizante desde el punto de vista conceptual, intrusiva e insultante, fue hecha por su nuevo poder ocupante.



Nuestros adversarios afirman que el holocausto es una cuestión de hecho; y

algunos revisionistas cuestionan los hechos: si las cámaras de gas existieron o no. Pero para la Izquierda, no es una cuestión de hecho sino de narrativa dominante. Incluso si todos los hechos fueran verdaderos, deberíamos rechazar la narrativa y negar su importancia. Un importante pensador de extrema izquierda holandés, Paul Treanor, escribió en un ensayo llamado [Why Forget the holocaust](#) [Por qué olvidar el holocausto]:

“El Holocausto fue la referencia histórica primordial utilizada para justificar la intervención militar, por EE.UU. y sus aliados. Indirectamente, es utilizado también para legitimar la injusticia social en naciones liberal–democráticas, y para insinuar un derecho liberal–democrático a un monopolio del poder. Es utilizado para legitimar la desigualdad global, como si diera derecho a los oponentes al Holocausto a la prosperidad, mientras que otros mueren de hambre. Recordar el Holocausto no es un imperativo moral: el recuerdo no sirve un propósito bueno, sólo propósitos malignos. El recuerdo del Holocausto se ha convertido en un instrumento de la derecha. El Holocausto debería ser olvidado públicamente, en el mismo sentido en el que es ahora recordado públicamente.”

Europa todavía puede elegir entre las dos narrativas de la II Guerra Mundial, una de salvación masculina expresada por el soldado ruso con la niña alemana salvada, y la otra de emasculación, de amontonar bloques de culpa sobre tu alma. Después de todo, ésta es la alternativa de Andrómeda, recordar a su salvador Perseo o llorar a las lagartijas.

Epílogo

Pero la historia de la Lagartija no ha terminado todavía. En su informe desde el futuro, llamado “Hasta Luego, y Gracias por Todo el Pescado”, Douglas Adams (Guía del Autoestopista Galáctico) nos cuenta lo que ocurrió después.

Una nave espacial, un disco volador aterrizó en la Tierra, y de él salió un robot de plata, de 30 metros de alto, y dijo –Vengo en paz, –y agregó después de un momento–: llévame donde tus lagartijas.

Un extraterrestre experimentado, Ford, explicó este extraño pedido:

–El robot viene de una democracia muy antigua, sabes.

–¿Quieres decir de un mundo de lagartijas?

–No, –dijo Ford– no es tan simple. En su mundo, las personas son personas. Los dirigentes son lagartijas. La gente odia a las lagartijas y las lagartijas gobiernan a la gente.

–Pensé que dijiste que era una democracia.

–Lo dije, –dijo Ford– así es.

–¿Quieres decir que realmente votan por las lagartijas?

–Oh sí, –dijo Ford– ¡por cierto!

–¿Por qué?

–Porque si no votaran por una lagartija, –dijo Ford– podría salir elegida la lagartija equivocada. Algunos dicen que las lagartijas es lo mejor que les haya ocurrido jamás. Están totalmente equivocados, desde luego, pero alguien tiene que decirlo.

Al parecer, las lagartijas de Jaffa se han ido a otra parte y han encontrado un suministro fresco de humanos crédulos.

* Robert Conquest autor de “Reflexiones sobre un siglo atroz”. [N.d.T.]

** ADL: Liga contra la difamación, organismo judío estadounidense.

*** Einsatzgruppen: equipos alemanes especializados en matanzas en la II Guerra Mundial.